

ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO

NADA DE LA HISTORIA LOCAL LE FUE AJENO

Como todos sus hermanos, María del Carmen González Echegaray
fue una dilecta y aplicada obrera de la escritura

MARÍA DEL CARMEN, amiga, GONZÁLEZ, compañera, ECHEGARAY, maestra. Cuántos libros compartidos, cuántos libros papeleteados, cuántos libros comentados, entrevistados, soñados, realizados. Cuántos artículos y apuntes intercambiados, en invierno y en verano, al amor de una calefacción que raramente cumplía su función, en aquellas pobres sedes nuestras en las que por no faltar de nada siempre había goteras haciendo notar en un caldero. Cuántas tardes de sopor, improvisando abanicos con cartones. Cuántas reuniones del CEM, cuántas jornadas en tan diversos escenarios, cuántos encuentros en las Bibliotecas, en los Archivos, en las Sacristías, cuántos respetuosos «hola y adiós» «tú a lo tuyo y yo a lo mío» entre legajos, cuántas idas y venidas, vueltas y revueltas con la ilusión siempre puestas en un nuevo tema. Serio. Histórico. Riguroso. Erudito. Especial recuerdo guardo de tu serie sobre los blasones, que tanto tiempo y trabajo te llevó, siempre a vueltas con un nuevo detalle, un postre descubrimiento, para el que innecesariamente me pedías luz para unas dudas que a solas resolvías con implacables certezas. Y el autobiográfico «De Cañadío a Puerto Chico», por el que te cité hace apenas unos días. Del que siento no haber tenido ocasión de entregarte en propia mano una papeleta familiar, de cuando la Media Luna aún no era Gómez Oreña. Para ti la conseguí y en mi archivo queda, pendiente de exhumación. En tu memoria la publicaré tan pronto pueda. Y el de las «Rutas Jacobeanas por Cantabria», por el que te estaba citando hace apenas un rato, de mañana, cuando al abrir el ordenador, de sopetón, me llegó la noticia de que te jubilabas definitivamente de la escritura, que habías decidido dejar de escribir por un momento que dura eterno (en la feliz expresión de Gerardo Diego) porque calladamente te había llegado la merecida hora del descanso. Fernando Barreda y Ferrer de la Vega, José Luis Casado Soto, M^a del Carmen González Echegaray reza en la portada del libro, blanco sobre negro, con una ermita de fondo, que en mi mesa de trabajo opera a guisa de recordatorio, tributo a la amistad callada, sin recovecos, sin segundas, sin trastiendas. Un trío de lujo para un libro de lujo. No por la forma, que es modesta, en cartoné. Sino por el amor a Cantabria que destila en todas sus páginas, de principio a fin. Si os fundo en un todo es para que el abrazo sea común. Fernando y su sempiterna pajarita. José Luis y sus sorprendentes grabados medievales. M^a del Carmen, tú, tan jovial y señora, con esa aristocracia de espíritu tuya, tan tuya, que sólo alcanzan las personas elegidas por la gracia del saber estar. González Echegaray, escritora de corazón sagrado, por necesidad vocacional y por obligación familiar. Como todos los tuyos. Tus hermanos, leales amigos: Joaquín, Rafael, Carlos. Tan diversos en la igualdad. Tan iguales en la diversidad. Discretos, meticolosos, pacientes, trabajadores. Recuerdo especialmente la gracia que a todos nos hizo un día tu sorprendida revelación, en una sesión de trabajo, sobre las muchas palmeras que pretendías catalogar en Cantabria y tu fina coda, trufada de regia ironía: «Los indianos las traían para probar a los vecinos que habían estado en América». En su día, compartimos la atracción por dos grandes maestros cántabros emigrados al sur, siguiendo el camino del orto al ocaso: Jerónimo Quijano, «el Montañés», finísimo escultor post renacentista cuyo «Nacimiento» es un ejemplo de contenido hacer, de hacer interior, interiorizado el arte, la pasión, el sentimiento; y Toribio Martínez de la Vega, el mejor ingeniero fluvial de su momento, cuyas piedras sabiamente argamasadas pintan acuarelas sobre tantos ríos al paso. Los ríos son caminos que andan. Siempre fluyendo hacia el mar, que es el morir. Ay, Manrique. Un error de apreciación del incommensurable poeta. Las vidas pasan. Ciento. Pero las obras quedan. Presentes. Eternas. Vivas. Vivecidas en las bibliotecas públicas y privadas. Como en el presente momento de tu feliz hora llegada quedan las muchas obras, tan preciosas y preciadas, que tan generosamente nos has legado. A manos llenas. Inmortales.

*Antonio Martínez Cerezo, compañero del CEM